



LIX

—Mamá,—decía sigilosamente Margarita,—esto ya no es tolerable! Las coquetías de Concha con Juan, son insufribles! ¿Cuándo se irá?

—Pronto, hija mía. Lee esta carta.

Doña Dolores dió un papel á Margarita. Era la carta de la tía de Concha. Suplicaba que la joven regresara cuanto antes á Pluviosilla. La madre de la monologuista estaba enferma, y era preciso que la niña volviese.

—Ya encargué á Pablo, que la traiga esta tarde, y se irá mañana. Mañana partirán con tu tía las muchachas López, y no hay que perder la ocasión. Si has de escribir á las Pradillas, y á las Arteagas, no pierdas tiempo, y escríbeles. Yo también he de contestar al Padre Anticelli.



En seguida hablaron de la carta de Surville, de la cual nada había dicho la señora á su hija. Doña Dolores comunicó á Margot su proyecto de volver á Pluviosilla.

—¡Pero, mamá!... ¡Qué dirán de nosotras! Quitar casa y levantar el campo... y ¿para qué? Para volver cuatro ó cinco meses después? Me parece que lo más conveniente sería quedarse aquí....

—¡Ay, Margot! ¿No dices eso porque un afecto te retendría aquí?

—No, mamá.... Pero ¿no es verdad que nuestro regreso daría mucho qué decir á nuestros paisanos?

—Sí que lo daría.... Mas pienso en que lo conveniente, ya que la generosidad de Eugenia ha venido en auxilio nuestro, es que volvamos á nuestra tierra. La vida de Méjico no es para nosotras.... Se gasta mucho. Aquí.... las exigencias son mayores. ¡No estoy aquí contenta! No sé qué me dice el corazón, pero presiento alguna desgracia.... No sé por qué vivo sobresaltada....

—Está usted nerviosa, mamá... ¡Eso es todo!

—Será lo que quieras, hija mía..... Ello es que mañana hablaré con Juan, y antes de que llegue el invierno, estaremos de regreso!

—Piénselo usted.

—Lo pensaré y veremos....

Llegó Ramón con la monologuista. La muchacha venía disgustada.

—¡Qué he de hacer! Me iré: pero ya ve-  
rán ustedes cómo la inquietud de mi tía no tiene motivo. ¡Si así es siempre!... ¡Más asustadiza y más temerosa no he visto yo otra mujer.

Y Conchita, rabiando, se quitó el sombrero, y se descalzó los guantes, y entrando á las habitaciones interiores, dijo volviéndose á doña Dolores.

—Voy á hacer la maleta... Dejaré todo listo, y si es posible... ¿Hágame usted ese favor?

—¿Cuál, mujer?

—Que Ramón y Margot me lleven á despedirnos de sus tíos. Ni ellos ni los muchachos estaban allá cuando Ramón me dijo lo que Pablo llevaba encargo de decirme.... No pude despedirme. Volveremos con Lena, que no quiso venir. De todas maneras ha de volver á Méjico Ramón.

—Sí, hija mía: irás á despedirte, y todos volverán con Elena.

—¡Sí, y mil gracias! Figúrese usted que sería muy feo que me fuera yo, como dicen, á la francesa, sin decir adiós. Ya usted ha visto qué finos han sido todos conmigo, cómo me han distinguido, y cómo me han obsequiado.... Voy á llegar á



tiempo. La mamá de Arturo cumplirá años dentro de cinco días, el nueve, y tendremos fiestas....

—Allí te encontrarás con Oscar....— interrumpió Margot.

—Déjate á Oscar en paz. Ya le arreglaré yo las cuentas.... ¡Jesús! ¡Estoy nerviosísima! ¡No me gustan fugas ni prisas.

—Pienso en una cosa.—murmuró doña Dolores.

—¿En qué, Lolita?...

—En que sería bueno avisar á Elena... que las espere.

—Pues nada más fácil—dijo Margot.— Avisar por teléfono....

Y la joven corrió al aparato.

A poco volvió:

—Hablé con el ama de llaves.... Vamos, Concha, te voy á ayudar... Yo soy para esto muy expedita.

Y las dos muchachas se entraron en las alcobas.

Concha sacaba prendas del ropero, y la blonda señorita las iba colocando en un mundo....

—Me voy, Margot.... y no has querido confesarime tus amores con Alfonso.... ¡Vivir para aprender! ¡Aprender para saber! ¡Y yo que hago confianza de tí; que te cuento todo; que para tí no tengo secre-

tos... Y tú, tan reservada, y tan... ¡Mejor es callar!

—No, Concha. ¿A qué confesarte... lo que no es verdad? ¿Quieres que por darte gusto dé por cierto lo que cuentan en Pluviosilla.

—¡Bueno! Pero.... niégame que no le desagradas á tu primo.

—No.

—Y niégame que á tí te simpatiza Alfonso....

—No me desagrada.... Es guapo, y es bueno....

—No digas más.

—No digó más.

Y en tono de cantaleta escolar dijo Conchita, sílaba por sílaba.

—¡Pues... qué... quiere decir cris... tiano!

A las siete y treinta y cinco tomaron el tranvía Margot y Concha, acompañadas de Ramón.

Al llegar á Méjico la señorita Mijares quiso hacer algunas compras; en ellas anduvieron hasta muy cerca de las ocho.

Después compraron dulces en "El Globo," y á Concha le ocurrió despedirse de una amiga.

Cuando llegaron al palacete de don Juan aún estaban de sobremesa.

—¿Y Lena?—preguntó Margarita al entrar en el comedor.



—Acaba de irse. . . . La fué á dejar Juanito!—respondió doña Carmen.

Y en seguida ordenó á los criados que arreglaran la mesa y sirvieran á las tres personas que acababan de llegar.



## LX

Avanzaba el carruaje por la calzada de la Reforma, avanzaba lentamente el cupé y á cada lado del paseo, muy mal iluminado en la segunda mitad, los altos y desairados eucaliptos de cada lado, parecían desfilan en fúnebre pompa, como revestidos de negros sudarios hechos girones. Era obscura la noche, y no había en la inmensa y solitaria avenida más claridad que la de los titilantes y mortecinos focos eléctricos que en cada tramo esparcían insuficiente luz, buena parte de la cual se perdía entre el follaje, proyectando negras y colosales sombras.

Por las calles laterales uno que otro transeunte medroso y asustadizo, que fatigado y urgido, iba ó venía bajo la penumbra de



las arboledas, las cuales, allá á lo lejos, en el distante y obscurísimo fondo se estrechaban y perdían en una noche impenetrable, que hacia lo alto estaba rota por la silueta vaga del alcázar, cuyas vidrieras iluminadas le daban aspecto de palacio en noche de fiesta. Un simón desvencijado, ó próximo á desvencijarse, ruidoso y de vitrosos retemblantes, apagada la linterna del lado izquierdo, estaba detenido poco más acá de la última rotonda, y otro, igualmente torpe, venía hacia la ciudad, como cansado y falto de aliento. Al pasar frente al otro coche, el cochero lanzó agudo y vibrante silbido, que fué contestado por el auriga del carruaje parado, como si correspondiera á la señal inteligente de su compañero.

Lejana tormenta centelleaba en las cimas del Ajusco. Por el Oriente brillaban pálidas estrellas. El viento nocturno, viento de lejana lluvia, zumbaba en los árboles y en la hierba de las acequias colaterales, y traía del cercano bosque, de la calzada de la Verónica y de las huertas de Popotla, misterioso rumor.

Embriagábase Lena con la fragancia de los cojines y almohadillados del cupé, y embriagábase también con el aroma aristocrático de que estaban impregnados los vestidos de su primo, cuyo bigotillo perfumado trascendía á violetas acabaditas de cortar.

—¡A qué tanto desdén!—decía Juan á su prima, en tono de ruego.—¿Estás celosilla? No tienes razón para ello. ¿No fué todo esto cosa convenida entre tú y yo? ¡Buen resultado nos dió ese plan! Tu mamá no cree en nuestros amores.

—¿Y por qué razón ocultarlos?—replicó Elena.—No puedo darme explicación de ese capricho tuyo.... Si he cedido á tus deseos en eso, fué para probarte cuánto te quiero!

—¡Gracias, Elenita, mil gracias!

—¡No he merecido, ni merezco ese pago! Estoy arrepentida de mi compromiso. ¿Crees que me han sido indiferentes tus atenciones á Concha? Has abusado de mi desgracia.... Como no veo, y siempre procuras hablar con esa muchacha, lejos de mí, no podía yo saber hasta dónde llegabas.

—¡Pura ficción! Pero, ya acabó todo, Lenita mía. ¡Todo acabó! Mañana se irá Concha....

—Sí; pero dime: ¿por qué ese empeño tuyo en que mi mamá no sepa de nuestros amores? Margarita no le ha ocultado nada, y, ya lo sabes, no desapruueba sus relaciones con Alfonso....

—Temí que se opusiera á nuestro amor.

—¿Por qué?

—Por esos malditos rencores de familia, que tú conoces, que todos conocemos, y



que ahora, felizmente, gracias al buen tacto de papá, van desapareciendo. Y... desaparecerán, no lo dudes, cuando seas mi esposa, cuando Alfonso sea esposo de Margarita... Mira: ahora si que no hay por qué ocultarle nada. Me voy á los Estados Unidos... (el viaje durará un mes) le hablaré á tía Lola; le hablaré á papá, y... en pocos días, Linilla, serás mi esposa. ¡Linda boda! Dos hermanas casadas con dos hermanos... Una pareja apadrinando á la otra. ¡Y qué bella estarás, alma mía! Ya me parece que te veo vestida con el traje de boda.

—¡Con un traje que no veré!... —dijo casi en un suspiro la ciega, llevándose el pañuelo á los ojos.

En esos momentos Juan se asomó por la portezuela del cupé, y en inglés dijo al cochero que retrocediera lentamente.

—¿Qué dijiste?—preguntó la doncella.

—Que tome por la otra calzada, porque está en obra ésta, y no podríamos pasar.

Habían llegado á la entrada del parque. El carruaje retrocedió.

—¿Por qué vamos tan despacio?

—Porque la mitad de la vía está obstruida con piedras y árboles derribados....

A la derecha, y no muy lejanas, oíanse las cornetas de los tranvías, que á lo largo del acueducto iban para Tacubaya y San Angel. En el caserío cercano ladraban

unos perros, acaso alebrestados por el paso de un desconocido.

Juan estrechaba entre sus manos ardorosas las manos frías y trémulas de su prima.

—¡Tengo miedo!—murmuró ésta.

—¿Miedo de qué, yendo conmigo, con tu Juan? Y atrajo hacia su hombro la cabeza de la joven.

—¿Me quieres mucho, Lena?

—¡Mucho! ¡Mucho!—respondió la joven balbuciente.

—¿Me amas como yo te amo?

—Más que tú. En mi desgracia, en mis infortunios, en las tinieblas en que vivo envuelta, eres para mí felicidad y ventura, dicha y amor; eres luz del cielo, luz incomparable, soñada, pedida, anhelada, luz de sol espléndido, el sol mismo! ¡Juan! Quiéreme tanto como yo te quiero!

—¡Quiéreme como te quiero yo!

Juan dijo á Jack otra frase en inglés, y el coche siguió á través de un camino que cruzaba hacia la derecha del Egido, cerca de la capilla de Chapultepec.

Pasaban los tranvías. El cochero detuvo el cupé. Después, á paso muy lento, prosiguió la marcha, y entró en la calzada de la Condesa....

Cuando el lacayo saltó á tierra y llamó á la puerta de la casa, mientras, abierta la portezuela del coche, bajaban de él Juan



y Elena. doña Dolores misma vino á abrir.

—¿Y los demás?—preguntó sobresaltada.

—¡Vendrán más tarde, sin duda!—respondió Juan.

—Cuando salimos, no habían llegado aún....—dijo Elena.

—Lo siento....—se apresuró á decir el mozo—porque no podré despedirme de Conchita..... ¡Tía! Favor de decirle que lamento no haberla visto para decirle adiós; que si me despierto temprano, en la Estación la veré..... Pero..... —agregó sonriente y afable,—ya usted sabe que madrugar es para mí un suplicio!..... ¡Adiós! ¡Adiós, tía! ¡Adiós, primita!

Dió la mano á la señora, acarició á Elena, poniéndole una mano en el hombro, subió al coche, dió la dirección, y saludó desde el cupé.

El lacayo saltó al pescante, el cochero tiró de las riendas, hizo restallar la fusta, y el suntuoso tren partió al trote de los caballos, y se alejó, y se perdió bajo los chopos de la calzada de la Condesa.



## LXI

Ocho días después, una mañana, á la hora del desayuno, recibió Margot una carta almizclada, escrita en dos plieguitos de papel inglés, timbrados con una gorrita de jockey blanca y roja. Era la carta de Conchita Mijares, y así decía:

“Queridísima Margarita: Aquí me tienes en tu amable y simpática Pluviosilla, donde, según dices y repites, vive una tranquila y contenta, pero donde, á decirte la verdad, esta tu pobre é infeliz amiga se aburre, se fastidia, y se muere de tedio y de tristeza.

“¡Cómo echo de menos el bullicio y los encantos de esa brillante capital, así como la grata compañía de ustedes y de tus buenas y simpáticas primas.



"Figúrate: ¡de Méjico á Pluviosilla! ¡Como quien dice del cielo á la tierra! No sé, no me explico, cómo tú, que eres de buen gusto y tienes tanto talento, tú que eres talentosa como dice Arturo, vives suspirando por esta tierra, por la "tierruca," como aprendiste á decir en aquel libro de Pereda, tu novelista predilecto. Y, á propósito de novelas: unas amiguitas muy simpáticas y muy literatillas me han prestado un libro de los Goncourt, que me dicen que es de lo más interesante. Arturo lo alaba mucho, y Oscar afirma que es obra de mérito; pero yo creo que éste no lo ha leído. ¡Este muchacho es así! Habla mucho de libros, pero yo, á la corta ó á la larga, descubro que no los conoce ni por el forro. No lee más que periódicos. ¿Conoces tú esa novela? Esta que me prestaron está en francés, y como yo en esa lengua no soy, que digamos, una profesora voy entendiendo el libro poco á poco y con mucho trabajo.

"Dile á Juan,—á tu primo,—que ya me las pagará todas; que no fué ni para decirnos adiós; que jamás pude suponer que fuese tan descortés con una amiga como yo, que tanto lo aprecia; sí, que ya me las pagará y que, aunque diga que no sé cumplir lo que prometo, no le he de escribir, como le ofrecí que había de hacerlo luego que llegara yo á Pluviosilla.

"Ten la bondad de saludar, de parte

mía, á tu mamá, á Lena y á los muchachos. Dile á Ramón que anoche vi en el Parque á una pollita que yo sé que á él le gusta mucho, y á quien tu hermanito no le parece un saco de paja—Lupita Olvera,—que está linda como una palma de oro; que me acordé mucho de él. y de lo que platicábamos una noche al volver de la ópera. No olvides decirle esto, mi buena Margot!

"Di á Carmelita que le vivo y le viviré de lo más agradecida, lo mismo que á todos. por todas sus finezas para conmigo; que mi mamá y mi tía, aunque no tienen el honor de conocerlos, les mandan muy afectuosos saludos y les dan las gracias por sus delicadas atenciones. Al señor don Juan otro tanto, muy especialmente. A María muchos besos, y que ya le escribiré. ¡Para ustedes, ni se diga! ¡Ya saben cómo y cuánto las quiero, y que soy muy reconocida!

"Hablemos de otra cosita.

"Hija mía: ¡qué cierto es aquello de que sin amor no se puede vivir! Llegué, y como me lo esperaba yo, ó mejor dicho, como lo temía yo, me lo encontré de lo más disgustado. En tres días no le vi la cara. Pero al cuarto, el domingo (los domingos los tiene libres) vino á verme con su hermana Teodora. Salimos á pasear.... y... ¡qué había de suceder! Nos arreglamos otra vez. Ya sabes tú cómo sé yo manejar







¡Maldito vicio ese de la bebida! Acabará con él. Me parece que el infeliz te quiere todavía. ¿Y tú le amas aún? Dice Adolfo que una mañana te vió en Chapultepec; que ibas del brazo de un lagartijo; que tú no le viste, ó no le conociste, ó no te diste por entendida. ¿Con quién ibas? Me supongo que con Alfonso.

“¡Adiós Margot! Si no dejo la pluma, la postdata será más larga que la carta.”

Esa misma tarde contestó Margarita:

“Mi querida Concha:

“No quiero dejar par mañana mi contestación. Todos agradecemos mucho recuerdos y te saludamos cariñosamente. Daré tus memorias á mis tíos. Tú dirás lo que quieras, pero la verdad es que yo vivo allá más contenta que aquí. No nací para la vida de las grandes ciudades. Y ten presente que casi no pongo los pies fuera de casa. Se me pasan los días sin salir.

“Ya te he dicho, mi querida Concha, que una señorita no debe leer cualesquiera libros, aunque una ú otra persona se los recomiende y elogie. No solamente yo pienso así. Alfonso, que es muy discreto, que ha leído tanto, y que, en punto á novelas y poesía, conoce cuanto en Francia se ha publicado, es de la misma opinión y dice (me lo dijo esta mañana) que no debes leer ese libro de que me hablas, porque no está escrito para señoritas. Pre-

gúntale al P. Anticelli. Ya me dirás lo que contesta.

“Oye los consejos de tu mamá. ¿Puede una madre darlos malos? ¡Por Dios, Conchita, que no hagas locuras ni tonterías! No es malo representar comedias, no señor, no lo es; pero ya tu vida es la de una verdadera actriz. ¿No crees que el tiempo que gastas en estudiar dramas y comedias, podrías emplearle en cosas de mayor provecho?”

“Piénsome que, al leer esta carta, dirás quedito (ó en voz alta) que soy beata y gazmoña, y sepa Dios qué más.... Di lo que quieras. Yo te digo lo que debo, y lo que mi cariño y la razón me aconsejan.

“Saluda á tu mamá y á tu tía, de parte nuestra.

“Un abrazo, un beso, y adiós.

Tu amiga

MARGARITA.

Dobló su carta la blonda niña, ajustó los dobleces con un cuchillo de marfil, metióla en una cubierta, y al humedecer rápidamente con un pincelillo los bordes de la neta, sintióse sobresaltada.

—¿Por qué?—dijose—¿Enojarán á esa loquilla los términos francos y clarísimos de mi carta? ¿Le causaré con ellos disgusto y desazón?



Y pensó:—"Esta criatura, ¡Dios la tenga de su mano! corre gran peligro. Es lista, tiene cierta cultura, es muy superior á su familia, á toda la cual se impone siempre, y el mal es gravísimo porque Concha no tiene seso. Además, falta de padre, o como si tal fuera, la mimaron desde chiquilla; es por extremo voluntariosa, y cuando se ve contrariada, cuando cualquiera cosa le impide la realización de un deseo ó de un capricho, calla, sí, calla, mas persiste en su idea y en sus intentos, y por este ó por el otro motivo, como ella suele decir, se sale siempre con la suya. El sentido moral es en Concha muy débil. caedizo, inestable; en ella cualquier propósito bueno es efímero. El sentimiento religioso es en ella limitado; parece devota, pero en ella la devoción es fuego fatuo; la fe... algo así como vulgar costumbre!... El trato con ese Arturo Sánchez que la da de librepensador y jacobino, me tiene extraviada á Concha... y todo esto es malo, malísimo... Me da lástima, y por eso he tenido que decirle la verdad.

Y una idea horrible, rápida como un relámpago, cruzó por la mente de Margarita.

—¡Dios le depare,—siguió pensando,— un marido superior, que la ame profundamente, y que sosiegue en esa linda cabecita tantos diablillos azules como allí viven, danzan y se revuelven en constante prestigioso movimiento!

Margarita dió dos ó tres vueltas á su carta, haciéndola girar entre los dedos; asentóla en seguida con la plegadera, y luego con aquella letrita suya, tan clara tan elegante y tan aristocrática, escribió nerviosamente, pero con suma lentitud:

Srita. Concepción Mijares.

4a. calle de los Desamparados, 7.

Pluviosilla.—(Ver.)

Secó el sobrescrito, pegó con el mayor cuidado el sello postal, y sobre todo, asentó una hoja de papel **secante**.

